

Reseñas

Alan Knight, "The Mexican Revolution", Cambridge University Press, Cambridge, 1986, 2 vols. (Cambridge Latin American Studies, 54.)

Ariel Rodríguez Kuri

Las intenciones

Para quien suponga que la historiografía es suma pausada de conocimientos autoperfectibles, que acumula logros y deja atrás fácilmente explicaciones, cuya antigüedad patentiza, en el mejor de los casos, su inocencia, la obra de Alan Knight, *The Mexican Revolution*, resultará, sin duda, toda una sorpresa.

Alan Knight se ha propuesto pensar otra vez la revolución mexicana. Pero no se ha propuesto ser original en su empresa —si entendemos "original" como sinónimo de inédito. Al contrario, el autor recupera visiones desgastadas por los años y las repeticiones acrílicas; visiones, es más, desprestigiadas por su vecindad con el discurso del poder. Knight, entonces, procura demostrar que aquellos intelectuales, como Frank Tannenbaum, que pensaron la revolución como una lucha esencialmente popular, de masas, por la tierra y la libertad política, tenían razón, después de todo.

Si Knight recupera argumentaciones, revive juicios, enumera certezas del sentido común que parecían definitivamente sepultados por la historiografía revisionista (tomo I, p. xi), no por ello el autor ha renunciado a lo que podría ser el mérito principal y un poco paradójico de su estudio: obsequiarnos con una visión nueva, rigurosa y provocativa de lo que fue la revolución mexicana —una visión nueva fundada en argumentos no necesariamente nuevos.

Habría que advertir un hecho: hacer una historia general de la revolución mexicana, polemizar álgidamente con la historiografía revisionista, y aventurar una sólida propuesta teórico-metodológica para la construcción de categorías de análisis histórico, bien pudo haberse convertido en una desmesura intelectual. En la medida en que Knight quedó a salvo de naufragar su obra en un mar de generalidades, en esa medida precisamente debemos rastrear la manera en que fue tejiendo las redes del análisis y la reconstrucción factual.

Pasado en claro

Una pregunta parece ineludible en la historia de la revolución mexicana: ¿quién hizo la revolución, y por qué? Las revoluciones son

fenómenos complejos, dice Knight, en primer lugar porque son fenómenos nacionales; tal es, sin duda, el caso mexicano (I, x).

Una revolución no tiene tampoco una sola causa (I, 151). Un conjunto de factores confluyen y dan lugar a un hecho de esta naturaleza. Pero una revolución no es, de ninguna manera, un violento aceleramiento de la transición —entre modos de producción, digamos—. La transición supone transformaciones paulatinas de la sociedad, y requiere de un lapso de siglos. El modelo transicional sólo tiene sentido en la óptica de la larga duración. Pero la transición es una categoría tan amplia, que con frecuencia resulta inútil en el análisis historiográfico. Al contrario, los historiadores deben manejar conceptos de rango medio (II, 229).

En esta perspectiva, las categorías generales que podríamos desprender de la “gran teoría” (marxista o weberiana), tampoco son inmediatamente útiles. Así, las dicotomías proletariado-burguesía o feudalismo-capitalismo no son de por sí categorías de análisis. Para el caso de la revolución mexicana, si quisiéramos establecer las diferencias entre Zapata y Obregón, no podríamos remitirnos sólo a las de clase —en el sentido “economicista” del término—. Las diferencias entre Zapata y Obregón son, también, de mentalidad, como pudieran serlo, con la misma legitimidad para el análisis, étnicas, ideológicas, regionales y clientelares (II, 229-230).

Dar entonces respuesta a la pregunta ¿quién hizo la revolución mexicana y por qué?, exige precisamente aquello que Knight se propuso: identificar los problemas concretos de la sociedad porfirista, y reconstruir —con esos problemas en mente— el momento específico en que el antiguo régimen no dio de sí.

Pero identificar los problemas concretos que fueron minando la cimentación del edificio porfirista plantea de entrada un problema de muy difícil resolución metodológica: si la mayoría de los desafíos al régimen de Porfirio Díaz provinieron de un nivel local, no nacional (I, 37), ¿cómo emprender el análisis de estas innumerables pequeñas y grandes oposiciones, si sabemos que por la heterogeneidad de los protagonistas —heterogeneidad social, económica, étnica, geográfica, ideológica—, éstos son irreductibles a una sola categoría de análisis, la de clase social por ejemplo?

Aquí es necesario un paréntesis, y reparar en una de las aportaciones metodológicas de Alan Knight. El autor se ha propuesto utilizar o prescindir, en beneficio del análisis y la reconstrucción histórica, de parte o partes de planteamientos metodológicos más amplios. En una argumentación edificante, Knight se pronuncia por lo que él mismo llama un eclecticismo teórico (I, 84), que lo mismo le permite remitirse a Weber (tipo ideal, tipos de dominación), a Marx (clase social), o a Rosa Luxemburgo y su propuesta sobre la articulación problemática de modos de producción (I, 83).

Ese *background* riguroso pero flexible, amplio pero que no redundando en generalizaciones inútiles; ese respaldo teórico metodológico que se incorpora al análisis pero que no lo subordina a las necesidades teleológicas de lo que Knight ha llamado el gran diseño hegeliano (*grand Hegeliandesign*) (I, 302); ese *background*, decía, le permite a Knight emprender una caracterización nacional de la revolución mexicana, sin extrapolar las características revolucionarias de los zapatistas a todo el país o, al contrario, sin convertir las habilida-

des y oportunismos políticos de algunos revolucionarios —Calles u Obregón— en él, sino de todo el movimiento social de 1910.

En el orden del instrumental metodológico ha sido Max Weber quien más ha aportado al alegato y al análisis de Knight. El tipo ideal juega un papel central en la obra. Con el tipo ideal, el historiador inglés se ha propuesto responder, con economía de recursos y con rigor intelectual, a la gran interrogante sobre los orígenes de la revolución, sus protagonistas y su programa.

Tres caracterizaciones de Knight resumen —que no agotan— el espectro sociopolítico tanto de la oposición antiporfirista, como de los regímenes posteriores a los Tratados de Ciudad Juárez. Los tres tipos ideales concebidos por Knight rescatan los rasgos fundamentales —sería mejor decir “típicos” — de cierta manera de hacer política de tres actores sociales. Y esas maneras de hacer política son caminos específicos para defender intereses, cobrar agravios, promover —política e ideológicamente— visiones del mundo.

La oposición civil de tendencias modernizantes. Ésta se nutrió fundamentalmente de una clase media urbana, ilustrada, de tradición liberal, con fuertes antecedentes de participación política a nivel estatal y municipal (I, 43 ss.). La clase media, dice Knight, representaba algo así como 8% de la población nacional —contra 1% de la clase alta y 91% de la baja (I, 43)—. Este sector buscó vías de expresión en el reyismo y luego en el maderismo; no por casualidad, el reyismo tuvo un éxito inesperado en las ciudades de provincia (I, 51).

No es conveniente simplificar los orígenes de la disidencia política de este núcleo opositor, al reducirlos a la crisis económica de 1907-08, a un (improbable) proceso secular de pauperización económica o a una exacerbada conciencia antimperialista (I, 64 ss.). Su compromiso antiporfirista tuvo un combustible potencialmente incendiario en su ya mencionada tradición liberal y anticentralizadora, en su confianza quizá desmedida de las posibilidades del autogobierno local y estatal (I, 39). La oposición civil manejó un discurso muy ideologizado, se comportó e interpeló a la sociedad siempre ideológicamente (I, 68-69).

Esta corriente buscó y encontró en el reyismo y luego en el maderismo —sobre todo en este último— los caminos para convertirse en un movimiento nacional, y superar así ciertas limitaciones producto de su heterogeneidad geográfica y de su inarticulación política.

Obsesionada casi exclusivamente por el problema político del porfiriato (la sucesión de Díaz, la representatividad de los gobiernos estatales, la autonomía municipal), incorporó sin embargo otros sectores sociales que no tendían a comportarse como clase media urbana y letrada. No sólo ingenieros y licenciados nutrieron los contingentes urbanos del reyismo y del maderismo: hubo también artesanos, tenderos, y en fin, grupos golpeados por la modernización económica, y que buscaban con su política contestataria *un lugar* en la vida política nacional (I, 63).

Knight no equipara sin matices al reyismo y al maderismo. El problema principal del reyismo, nos recuerda Knight, fue el propio Reyes (I, 54), ese popular general, envidiable administrador y visionario de un nuevo proyecto de relaciones Estado-sociedad que, sin embargo, cuando el ritmo del conflicto político se lo exigió, no supo brincar sobre las barricadas (I, 55).

El maderismo, con ser lo mismo, era también otra cosa. Madero sorprende, dice Knight, por esa temprana conciencia de que la oposición debía adquirir un carácter nacional —no en balde Madero era un veterano de las luchas por un poder local autónomo (I, 57)—. La campaña y la gira electoral maderista no tenían precedentes en México (I, 59). Madero pudo recoger las aspiraciones de la clase media urbana que buscaba denodadamente un liderazgo nacional que la convirtiese en interlocutora del antiguo régimen —no necesariamente en su sepulturera—. Al fracasar la vía electoral civil, Madero pudo —para sorpresa no sólo de Díaz sino de muchos de sus partidarios de la campaña de 1909-10— saltar sobre las barricadas.

El desafío rural: una tipología. La construcción y el uso de los otros dos tipos ideales deben ser considerados en un mismo apartado. Ello obedece principalmente a que ambas concepciones instrumentales tienen que ver con el campo, ese ámbito altamente problemático, ese espacio de conflicto social y político donde Knight ubica la clave de la revolución social, sobre todo en los años 1910-14 (I, 78).

Hablar de revolución social no es cualquier cosa. Hacia el verano de 1914, dice Knight, un gran cambio había tenido lugar en lo más profundo de la sociedad mexicana. Las transformaciones operadas en México en 1910-14 fueron promovidas y protagonizadas por grupos sociales que respondieron a impulsos locales, que actuaron inarticuladamente y que establecieron oscuras interacciones; sumados estos comportamientos en el torbellino político-militar de la revolución, el resultado fue el desgarramiento, el desmontaje, la demolición de gran parte del antiguo orden social en el campo (II, 175).

Lo que sucedió a partir de 1915, con ser el producto de los cuatro años previos, adquirió otra dinámica y otras características, porque en realidad se trataba, a esas alturas, *de otra cosa*. No es mero accidente que Knight haya bautizado la guerra de las fracciones revolucionarias como “la guerra de los ganadores” —*The war of the winners* (II, 263 ss.).

Knight sugiere no dejarnos engañar por la aparición de un lenguaje que descubrió, en beneficio de los sectores victoriosos de la clase media, y a partir de 1915, las bondades discursivas del nebuloso término “reforma agraria” (II, 184). Un agrarismo popular, inarticulado, obediente de las problemáticas concretas en la tenencia de la tierra, apareció antes que los recién llegados al poder —los carrancistas, sobre todo— lo descubrieran, bautizaran y procuraran apropiárselo. Como el Nuevo Mundo, la reforma agraria era una realidad objetiva, un proceso en marcha, antes de 1915.

En este sentido, no hay que preocuparse demasiado por el problema del registro en fuentes de esa reforma agraria *de facto*. Según un argumento lidiado con el sentido común, debiera haber constancia minuciosa de las transformaciones en la estructura y en el imaginario social del campo mexicano antes de 1915. No hay registro documental —o no necesariamente lo hay, o no lo hay donde creemos debiera estar— porque no existían instancias administrativas, ni aparato conceptual, ni vocabulario, que pudiesen haber conservado para nosotros los testimonios de una transformación agraria, dice Knight, imperfectamente percibida por sus contemporáneos (II, 185).

Para Knight no hay duda de que las transformaciones de las relaciones sociales en el campo se iniciaron con la revolución y el gobierno maderista, y adquirieron toda su profunda dimensión durante la insurrección contra Victoriano Huerta. Así, por ejemplo, en abril y mayo de 1911, tuvo lugar una incipiente reforma agraria (*de facto*, por supuesto) en algunos lugares del México central, que muchas veces se convirtió en un verdadero *jacquire*, donde las invasiones de tierras, los ataques a los propietarios y aun las pugnas entre las propias comunidades, no escasearon (I, 218-219).

Knight no afirma que las oligarquías locales hayan desaparecido con la caída de Díaz. Al contrario, casi todas sobrevivieron a los Tratados de Ciudad Juárez (I, 247). Pero sí enfatiza el rasgo de creciente ingobernabilidad —el término es mío— que caracterizó a muchas zonas rurales después de 1911. La primera jefatura carrancista, hacia 1913-14, apenas pudo otorgarle una legitimidad formal a ese fenómeno de ruptura política, al circunscribir la insurrección al defenestramiento de Victoriano Huerta.

Gran parte de la narración de Knight sobre la cruzada antihuertista (II, 1-62), evidencia sobre todo el carácter inestable, frágil, del liderazgo de Carranza sobre la insurrección campesina, que propiamente no se inició en 1913, después del golpe de febrero, sino que tenía fortísimos desarrollos en muchos lugares de la república, quizá desde 1911-12.

Lo que no sucedió en 1911, sucedió en 1914: la desaparición de las elites locales que habían dominado la vida política porfiriana (II, 178). El anticlericalismo, llevado de la ciudad al campo; la política del terror revolucionario (con guillotina y todo, idea no muy original de Eulalio Gutiérrez, además de los préstamos forzosos, la intervención de propiedades, el control de prensa); las purgas en el aparato de gobierno (II, 183 ss.), fueron la dramática expresión de la revolución victoriosa en 1914. Y en La Laguna, Morelos, las Huastecas, centro de Veracruz, Puebla, Hidalgo, el antiguo orden social fue, literalmente, sepultado.

Los dos tipos ideales definidos por Alan Knight para caracterizar el levantamiento campesino —quizá hubiese que decir rural— son el de la revolución agraria y el de la revolución serrana.

La matriz de la revolución agraria estuvo en las comunidades y en el campesinado de la meseta central (I, 152). Ahí, los patrones de la tenencia de la tierra habían adquirido rasgos marcadamente desiguales durante el porfiriato. El control de la tierra y sus recursos se desplazó desde la comunidad y el pequeño propietario al hacendado y al rancharo (I, 79). Pero no sólo la tenencia de la tierra creó problemas y tensiones sociales; también contribuyó a ello el deterioro de los términos de ingreso de los trabajadores rurales y, más importante todavía, de los medieros (I, 79).

Papel relevante en el surgimiento de las tensiones agrarias tuvo la comercialización de las relaciones en el campo en la última parte del siglo XIX, y que encontró resistencias —ni de la misma intensidad ni en todas partes— en sectores de la población agraria (I, 84). En primer lugar, porque los principales beneficiarios de la comercialización fueron los hacendados (I, 85).

El mediero, que jugaba un papel central desde el punto de vista de la incorporación de tierras no utilizadas y en la socialización de los riesgos del mercado, y el pequeño propietario, marginado del

crédito, fueron dos piezas claves en el tinglado revolucionario de la meseta central (I, 91-93). La revuelta agraria fue, sintomáticamente, de mayor intensidad en aquellas zonas de agricultura comercial más desarrolladas —Morelos—, y menos importante en las regiones de autosubsistencia —algunas zonas de Oaxaca (I, 214).

La disidencia zapatista expresa paradigmáticamente los agravios y la forma de respuesta político-militar de la revolución agraria. Pero, ataja Knight, el zapatismo es un caso típico, no único, de la revuelta agraria (I, 103). Esta se extendió por el México central más allá de lo que comúnmente se piensa, y varió en forma e intensidad en la medida en que no fue el latifundio en sí mismo el que alentó la insurrección, sino el contexto social en el que se suscitó la concentración de tierras (I, 109).

Pero la revolución agraria no se agota en sí misma. Para Knight hay una interdependencia obligada entre la lucha por la tierra y sus recursos (agua, bosques), y la búsqueda de las libertades políticas municipales: la llave que abría las puertas a la tierra era la conquista del poder local (I, 330; II, 189).

Las propias fortalezas de la revolución agraria serían también sus limitaciones. La cohesión interna de la comunidad campesina, su arraigo al terruño, influyó notoriamente en las posibilidades de jugar un papel que trascendiera su propio ámbito político y geográfico. Al decir de Knight, la ansiada recuperación de tierras dictó el carácter de la lucha militar en Morelos, contrariamente a lo sucedido en el norte, donde la guerra dictó los rasgos y los tiempos del agrarismo (II, 186).

La revolución serrana es el otro elemento arquetípico de la obra de Knight. La revolución serrana se originó en sociedades de frontera, economías agrícolas que producían para el mercado y la autosubsistencia (I, 115). La sociedad serrana estaba compuesta por comunidades que no tenían una cohesión interna con las características de las comunidades del centro de México.

Si bien los agravios por cuestiones de tierras no dejaron de tener su importancia, los serranos lucharon por reconquistar su autonomía política, por resistir o desembarazarse de la asfixiante centralización del poder, que impulsó Díaz en alianza con las oligarquías locales. Los serranos no quisieron tanto reformar socialmente su medio, como defender y recuperar modalidades de autogobierno, y ponerlas a buen resguardo del poder central (I, 125).

La revolución serrana es un alegato con el máuser en la mano contra la centralización (I, 154). El tipo de alianzas, fidelidades, clientelas y guerra que impone en los hechos, difiere en gran medida de los de la revolución agraria. Para comprender la revolución serrana debemos primero reconocer la preeminencia de las alianzas sociales verticales sobre las horizontales —a *contrario sensu* del caso zapatista (I, 125).

La revolución serrana, sobre todo en el norte, obedeció a agravios locales, no principalmente relacionados con la tenencia de la tierra, sino con el uso del poder y la libertad local. A los revolucionarios serranos, la xenofobia, la gran política nacional y ciertas formas de convivencia propias del centro de México, les resultaban poco relevantes (I, 181).

Pascual Orozco o los hermanos Figueroa, los Arrieta o Pancho Villa, típicos líderes de la revolución serrana, buscaban subvertir el

orden político porfiriano —siempre empezando por el de su localidad o región—, pero escasamente el social (1, 307). Los lazos más tenues de arraigo a la tierra, y la heterogeneidad ocupacional de los serranos, otorgaron a la revolución una serie de posibilidades político-militares excepcionales.

Los serranos fueron el comodín de la revolución mexicana —he ahí su importancia fundamental—. Los revolucionarios serranos contaron en su haber con una radicalidad agraria menos visible y tal vez menos deseada, pero en cambio mostraron una enorme capacidad para establecer alianzas políticas con otros grupos sociales y políticos; mostraron, asimismo, una capacidad inusitada para romper esas alianzas. Ellos llevaron al poder a Madero (1, 126), al poner en jaque al ejército porfirista en 1911, y ellos contribuyeron decididamente a derribarlo, por ejemplo con las secuelas de la insurrección de Pascual Orozco (1, 333).

Los serranos mostraron tendencias al acomodamiento y el oportunismo político (1, 306). Ello no obedeció a la debilidad de sus convicciones, sino a la concreción y urgencia de sus demandas, sobre todo las relacionadas con la autonomía política local, lo que los llevó a romper con el centralismo porfirista, con el agrarismo zapata y con el maderismo liberal (1, 308).

Los rebeldes serranos contribuyeron de manera fundamental al desmantelamiento de los regímenes porfirista, maderista y huertista, pero no necesariamente estuvieron en posibilidades de capturar y administrar el poder por ellos mismos (1, 469). La ambigüedad de la filiación política de los serranos estuvo en función directa de sus cuentas pendientes locales: cuando Madero no permitió que Orozco llegase a la gubernatura de Chihuahua, éste se pronunció contra el presidente.

Los revolucionarios serranos fueron el elemento cohesionador de las revoluciones maderista y constitucionalista, los que determinaron su eficacia militar; al mismo tiempo, fueron los subvertidores de la paz porfiriana y de la siempre improbable paz maderista. Los rebeldes serranos fueron el factor decisivo, el vehículo perfecto, para que la revolución mexicana adquiriera esa dialéctica interna que no permite estudiarla únicamente en los términos políticos e ideológicos de sus protagonistas, sino en los propios términos de la revolución cosificada, en su implacable tautología, tan inteligible como inapeable (1, 302-306).

Vale una precisión: paradójicamente, los revolucionarios serranos, en el análisis de Knight, no fueron tan sólo aquellos que provenían de la sierra. La revolución serrana es una categoría de análisis que comprende a los contingentes revolucionarios con una serie de características dadas, pero cuya adscripción a la sierra, en el sentido geográfico y físico del término, no es obligatoria. Revolucionarios serranos fueron los juchitecos del istmo. Algo similar se podría decir de la vocación agrarista de los serranos; si no colocaron la reforma agraria presidiendo su agenda revolucionaria, no se implica con ello que ciertos grupos serranos no la hayan asumido como asunto de primera importancia. Ahí están, diría Knight, los Arrieta, Contreras y Cedillo (1, 284).

La contraparte obligada de la revolución agraria y serrana radica en los movimientos contrarrevolucionarios de los terratenientes. La eficacia revolucionaria de los campesinos entre 1910 y 1914 quedó

patentizada en el hecho, al parecer irrefutable, de que en aquellas zonas no tocadas por la revuelta serrana ni por la revuelta agraria, haya florecido la respuesta político-militar conservadora. El Bajío, Oaxaca, el sur de Veracruz, el sureste, fueron testigos, después de 1914, de los mayores retos anticonstitucionalistas (II, 197).

En cambio, en el centro-norte del país, donde la revolución serrana adquirió tintes épicos, no se registró el fenómeno de los terratenientes convertidos en revolucionarios de última hora o en francos contrarrevolucionarios. Y en el centro y en el sur del país, aquellos terratenientes que no fueron antihuertistas pero tampoco huertistas, y que no estaban en posibilidades de enfrentar violentamente la revolución triunfante, tuvieron la posibilidad de "colonizar" la revolución, como llama Knight al proceso de alianzas e incorporaciones de última hora.

No obstante, las posibilidades de los terratenientes de resarcirse políticamente, dependieron de manera directa de la intensidad de la revolución serrana o agraria. Donde cualquiera de estas modalidades revolucionarias fue débil, los terratenientes recuperaron posiciones y aun retaron a la revolución, como en el caso de Oaxaca y Chiapas. Pero donde la revolución serrana o agraria fue extremadamente intensa, los terratenientes desaparecieron del mapa político (II, 199).

De la academia al taller de montaje

The Mexican Revolution es un texto que se defiende solo: por su rigurosidad; por el largo aliento que reivindica, otra vez, la perspectiva de conjunto del proceso revolucionario mexicano; por su estilo agradable y salpicado de buen humor —la solemnidad no garantiza nada.

Hay un hecho más, sin embargo, a todas luces destacable. Si una característica fundamental de la obra es la articulación coherente de una panorámica nacional, ello no redundó en que el estudio enfatizase solamente el asunto del Estado, instancia que frecuentemente, por un juego de ilusionismo conceptual y terminológico, se mimetiza hasta aparecérsenos como el sucedáneo de la nación.

Para superar la dicotomía historia regional-historia nacional, Knight no resbaló para acabar haciendo una historia de la política focalizada en los poderes nacionales. Enumeró en cambio los avatares de la política y el cambio social informe, no planeado y no legislado, la pequeña política de pueblos y ciudades y haciendas que, como él demuestra, resultó finalmente la más trascendente y significativa (II, 517).

Una investigación concebida en estos términos exigió, más que un novedoso inventario de fuentes, una lectura distinta, conscientemente sesgada, de archivos no por primera vez utilizados. Pero la propuesta historiográfica del autor no podía agotarse en los archivos.

Al contrario, Knight consultó fuentes secundarias cuyos enfoques fueron discutidos intensamente a lo largo de la obra; y cuando así se consideró necesario, la información de archivo, la información de fuentes secundarias y el andamiaje conceptual podían coincidir en la reconstrucción de un hecho específico o en su análisis. No hay en el libro juicios apriorísticos sobre la solvencia de la información

primaria y secundaria. Ambas son recuperables, indispensables, y se integran al cuerpo multifacético del conocimiento histórico.

En resumen, y porque así lo exigía una historia nacional de la revolución mexicana, Alan Knight convirtió la academia de la historia en un taller de montaje.

Josep Fontana, "Historia. Análisis del pasado y proyecto social", Editorial Crítica-Grijalbo, Barcelona, 1982, 339 pp.

Luis Gerardo Morales

"Yo diría que barroco es aquel estilo que deliberadamente agota (o quiere agotar) sus posibilidades y que linda con su propia caricatura." Jorge Luis Borges, *Historia universal de la infamia*.

En 14 capítulos con 263 páginas y un apartado de notas con 72 páginas más, Josep Fontana se propone explicar la *historia de la historia* a través de la cual el análisis del pasado ha sido condicionado o delimitado por un "proyecto social", mismo en el que supone está inserto el historiador. Su reconstrucción de la historia de la escritura de la historia, al parecer, le impuso buscar *los antecedentes* de este proceso, a los precursores, por lo que se reencuentra con la Grecia antigua, el imperio romano, el renacimiento florentino, el "economicismo escocés" y el racionalismo iluminista. De acuerdo con esta plataforma europea desprende las supuestas líneas de continuidad y los puntos de convergencia con el pensamiento histórico posterior del siglo XIX y el XX; así tenemos que Tucídides resulta ser contemporáneo de Ranke y Aristóteles precursor de la *social history* (pp. 20 y 22).

Vemos entonces que el autor propone, para analizar su objeto de estudio, una periodización historiográfica muy cronológica y bastante clásica: desde la Antigüedad hasta los Annales revisa, críticamente, la evolución del pensamiento histórico, de su escritura y sus recursos de legitimación política.

La matriz conceptual sobre la que Fontana organiza su información y conduce su enfoque consiste en lo siguiente: la historia escrita nunca está divorciada de una "economía política" —entendida como "explicación del sistema de relaciones que existen entre los hombres, que sirve para justificarlas y racionalizarlas" (p. 10)— ni tampoco de un "proyecto social" que el autor concibe como equivalente de "propuesta política". De esta manera, la revisión historiográfica y teórica de Fontana consiste en "descubrir" la correspondencia entre distintas formas de legitimación de la historia y distintas formaciones sociales de producción, dominación y pensamiento.

Sin hacer explícitas sus propias categorías de análisis y con un esquema un tanto rígido, para Fontana la historiografía grecorromana se sostiene en el esclavismo, mientras que la escuela escocesa (de Hume a Adam Smith) se fundamenta en el desarrollo del capitalismo industrial y agrícola británico.

En cambio, el materialismo histórico marxista, sin tomar en cuenta su etapa dogmática, "desnaturalizadora" y estalinista, es la concepción historiográfica crítica del capitalismo y deslegitimadora del orden establecido. Uno de los ejes principales del trabajo de Fontana consiste así en plantear la relación de dominio y sometimiento.